

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Domingo 10 de Septiembre de 1893.

NÚMERO 11.

DIRECTOR

Carlos Frontaura.

NOTAS ARTÍSTICAS



—¿A dónde iremos esta noche?

—Donde tú quieras.... si no me ordenan que duerma en el cuartel.

(Composición y dibujo de Díaz de Huertas.)

¡CALMA CHICHA!

¡Qué bienestar, qué reposo, qué vida vegetativa tan agradable! ¡Bendito sea el verano, que tal tranquilidad proporciona! Vivimos en Madrid como el pez en el agua los honestos, los morigerados, los que a nuestras tareas

Modestas y repetidas
Debemos nuestro sustento
Y el de las caras familias;

sin ingleses, porque nadie nos fia; sin *sablazos*, porque nadie tiene que dar; sin envidias, porque todos disfrutamos del mismo sol y de las mismas moscas. Nuestra existencia se desliza apaciblemente. La naturaleza y la fortuna parecen cómplices de este reposo. Hay algunas puñaladitas por *mor* de Baco, algunas *bofetas* de verbena, tal ó cual fuga ó raptó de doncellas de contrabando; pero esto cae por las afueras. Los que nacen lo hacen sin ruido; los que mueren, bien sea de enfermedad larga ó *inopinadamente*, como dice un periódico que ha muerto mi querido Santisteban, sucumben sin ostentación, y su cortejo fúnebre no aflige á los transeuntes. Calma en la tierra y en el cielo, donde apenas asoma alguna nube vergonzante que derrama algunas gotas de agua y se deshace. Ya no hay ciclones; Madrid ha perdido las agradables oscilaciones de su temperatura; ya no hay aquellos antiguos incendios del palacio de Liria, del cuartel de Guardias ó de Santo Tomás: en los fuegos actuales no puede encenderse ni un cigarró. Calma á todas horas; ni un mal pronunciamiento, ni un mal crimen como el de la calle de Puencarral; la horchata en alza, los periódicos nutriéndose de lo de fuera, los espectáculos llenos de vacíos y los madrileños sumidos en un sonambulismo oriental y agradable. Los únicos que padecen algo son los vanidosos. Cuando la gente que sale de los Jardines y de los teatros, allá á la una y media de la noche ó de la mañana (magüer las multas del Gobernador), sube por la calle de Alcalá, échanse de ver fisonomías preocupadas, especialmente en las mujeres guapas y elegantes, ¡y vaya si hay en Madrid! Ya se ve, no pueden decir á los transeuntes «no hemos veraneado por falta de medios, sino porque á mamá le ha salido un tumor en una rodilla, ó porque esperamos á un tío de Indias que debe llegar de un momento á otro». De estos casos de vanidad los hay culminantes: conozco dos hermanas pensionistas de la clase militar que, no pudiendo veraquear ni siquiera en Bocigas, alquilaron una casita en un descampado que hay más allá de los cerros de San Isidro del Campo, y allí *se pasan* día y noche entre un botijo y un gato, puestas en comunicación con el mundo exterior por medio de *La Correspondencia de España*, y solazándose á ratos con el penúltimo chispeante folletín de este periódico. En la segunda quincena de Septiembre se darán

á luz volviendo al pinar de las de Gómez: entretanto el honor está en salvo.

Fuera de estos casos excepcionales, la villa vive resignada y aun satisfecha: parece poblada, de día por estatuas móviles, y de noche por estatuas yacentes. Se duerme en todas partes, en los bancos del Prado y del Botánico, en el redondel del Dos de Mayo, en la media luna de la Plaza de San Martín, etc., etc.

Resulta de esto que como en Madrid no pasa nada, excepto los tranvías, la agitación, la vida, la *bronca* hanse trasladado á provincias. Se han trocado los papeles.

Antes del verano, en todas partes se esperan con avidez noticias de Madrid: ahora, los madrileños sólo despertamos un tanto de nuestro letargo para enterarnos de las verídicas comunicaciones de los corresponsales de provincias. ¡Y vaya si hay tela! No puede darse situación más pintoresca. Hay para todos los gustos: juntas de protesta, gritos de todas clases, colgaduras fúnebres, conspiraciones, contusos, heridos, muertos; amalgamado todo esto con tintas brillantes de color. Mazzantini triunfante; un nuevo pelotari venido de América; el general Concha jugando al *tresillo*; las interesantes hijas de la Condesa del Lago-azul, Leovigilda y Zoraida, padeciendo de lobanillos en las orejas; Rafael Guerra, después de torear con la muleta de Cayetano y de *Lagartijo* (¡atenme ustedes estos cabos), designando por sucesor suyo en el toreo á un tal *Conejito*, muy conocido de *Guerrita*; y el poeta Grilo condenado á *hermitas* perpétuas.

Pero todas estas cosas preocupan menos á los tranquilos habitantes de Madrid, que si oyesen llover, exceptuando á las patronas de huéspedes que suspiran por estudiantes á siete reales con principio; lo que quisiéramos la mayoría de los madrileños es que esta situación se prolongara indefinidamente. Por desgracia,

Los días pasan rápidos
Como lucientes bolidos.

según dice un periódico de provincias; pronto esta calma chicha y agradable de que disfrutamos se trocará en mar tempestuoso con la vuelta de los bullangueros, charlatanes y parásitos, y los que nos hemos quedado en Madrid seguiremos, aunque en pleno invierno, ganándonos el sustento con el sudor de nuestra frente.

F. MORENO GODINO.

Abasco telegráfico: Cambio rápido de decoración, chaparroncito hace horas, banistas vuelven escapados, chinches rabiosas agonía, volverán gorriones.

APUNTES DEL NATURAL

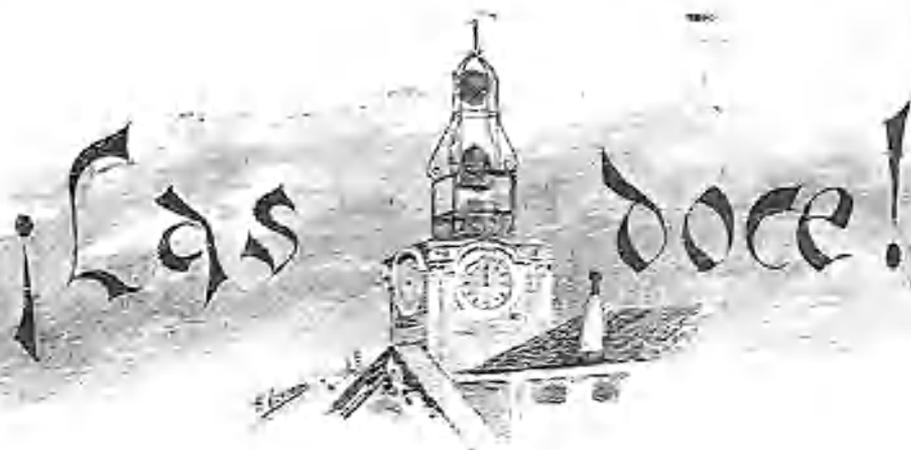


José Fernández Bremón

FOR

ALFREDO PEREA





Aquel día, por enfermedad del Jefe, le había tocado hacer las observaciones de ordenanza.

A las diez subía la rampa que conduce al Observatorio, entró en aquel templo de la ciencia, atravesó el vestíbulo circular, tomó la escalera de la derecha, pasó por las oficinas, dejó el sombrero y entró en la sala del Meridiano.

En aquella altura hacía un calor sofocante; los rayos del sol penetraban por una de las muchas puertas que tiene aquella sala, colocadas convenientemente para que el astrónomo las abra a su capricho, tirando de una cuerda, y observe el pedazo de cielo que necesite.

Los reflejos de la luz herían el bronce dorado de aquella serie de palancas y ruedas que constituyen el mecanismo, merced al cual gira y se mueve el telescopio.

El gran tubo que descansa sobre postes de granito impone por lo majestuoso: es la pupila gigante que observa tenazmente; es el centinela eterno de la ciencia que vigila la gran extensión azul; no hay estrella ni asteroide, por insignificante que sea, que él no recoja con su poderosa lente; sin su permiso no pasa nadie por aquellas regiones.

El silencio aumenta la majestad del sitio; sólo es turbado por la monótona pulsación del péndulo sidéreo y por el escape de la palanca del barómetro registrador, que al agitarse el mercurio, febril y nervioso, marca sobre el papel, con su pedacito de lápiz, la pesadez atmosférica.

No era aquella la vez primera que él hacía la observación: estaba harto ya de sorprender al astro-rey en el momento crítico de pasar por el meridiano.

La operación era breve, pero requería una precisión matemática.

Cuando la hora se aproximaba, el astrónomo, fijo en el péndulo sidéreo, esperaba el instante en que éste anunciara el paso del sol por la línea ideal; entonces abría las compuertas, preparaba el cristal opaco, se tumbaba, para observar cómodamente, en aquel gran sillón montado sobre carriles, hacía funcionar el telégrafo que comunica con el reloj de Gobernación; la lente del telescopio enfocaba al gran planeta, y en el momento de observar la tangencia del disco, eran las doce matemáticamente...

Después volvía a telegrafiar al Ministerio; la bola bajaba pausadamente, y el martillo, vibrante

y sonoro, golpeaba doce veces sobre la gran campana. El tiempo estaba medido; los hombres podían aprovecharlo.

Pero aquella mañana no estaba él para observaciones.

¡Bonita cabeza estaba la suya! Como que era el día decisivo; ¡el día en que ella había de contestarle!

¡Ella, por quien únicamente se preocupaba! La conoció en una reunión; bailaron un vals, y todavía aquellos compases deliciosos sonaban en su oído con una cadencia tan dulce, que sentía estremecimientos nerviosos sin poder remediarlo.

A nadie habló de aquella pasión suya; pero desde entonces la *Via láctea*, las *Pleyades*, la *Cabellera de Berenice*, el *Alpha del Centauro*, *Sirius*, *Venus*, *Saturno*, el sol, la luna y las estrellas, le traían completamente sin cuidado.

Para él no hubo ya más cielo que el de sus ojos azules. ¿Qué tenía que ver la línea del meridiano, con aquella línea vigorosa que subía desde la cintura y adelantaba poderosamente al llegar al pecho?....

¡Ah! Pero su indiferencia le mataba. Sin embargo, la noche antes se había atrevido, y en un arranque de valentía, despreciando toda clase de rubores, le entregó una carta cuando se despidió de ella, después de saludarla en un palco de Apolo.

La carta era breve, lacónica; iba derecha al hulto. El hubiera preferido decirselo de palabra; ¿pero quién se atrevía, frente a frente, con aquella mujer cuyos ojos hipnotizaban?

Lo principal era que el paso estaba dado. En aquella carta exigía una contestación por escrito, que había de ser la sentencia firme, sin apelación de ningún género; una sentencia que, como él, no pudiera casarse.

Dejó encargado en su casa, por si la recibía, que inmediatamente se la enviasen al Observatorio.

Cuando entró en la sala de la ecuatorial se tumbó sobre el gran sillón, cerró la compuerta por donde el sol penetraba, encendió un cigarro y se echó a pensar.

¿Qué sé yo cuánto rato estuvo así!

El tiempo pasaba sin que le preocupase.

Su imaginación, volando por espacios desconocidos, no al soplo de la ciencia, sino al impulso del amor, veía cosas extraordinarias: una astronomía nueva.





Là Zingara

(Composición autógrafa de Miguel Marqués)

Allegretto algo movido.

Handwritten musical score for 'Là Zingara' in 2/4 time. The score is written on three systems of staves, each with a treble and bass clef. The tempo is marked 'Allegretto algo movido'. The first system includes dynamic markings 'f' and 'mf'. The second system includes 'mf'. The third system includes 'crescendo'.

Handwritten musical score system 1, consisting of two staves. The upper staff features a complex melodic line with many beamed notes and slurs. The lower staff provides a rhythmic accompaniment with chords and single notes. Dynamic markings include *f* and *mf*.

Handwritten musical score system 2, consisting of two staves. The notation continues with intricate melodic and harmonic development. Dynamic markings include *f* and *mf*.

Handwritten musical score system 3, consisting of two staves. The upper staff shows a dense texture of beamed notes, while the lower staff continues the accompaniment. Dynamic markings include *f*.

Handwritten musical score system 4, consisting of two staves. The notation is highly detailed with many slurs and accents. Dynamic markings include *f*.

Handwritten musical score system 5, consisting of two staves. The upper staff has a melodic line with some rests, while the lower staff has a more active accompaniment. Dynamic markings include *f*.

Handwritten musical score system 6, consisting of two staves. The notation features a mix of melodic and harmonic elements. Dynamic markings include *f*.

Handwritten musical score system 7, consisting of two staves. The system concludes with a final cadence. Dynamic markings include *f* and *mf*.

liquido



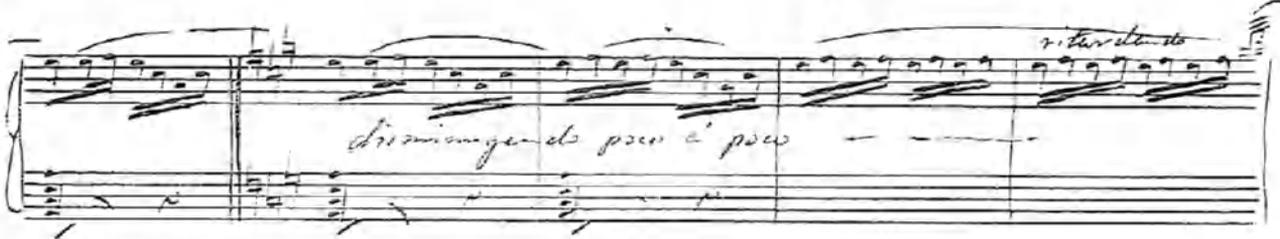
f

ped



diminuendo poco a poco

ritardando



al tempo

mf

8va



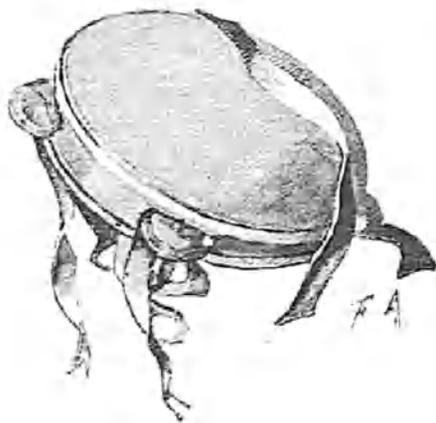
er es - cen - da

f



f





El Árbol de Guernica

El árbol de Guernica se halla unido indisolublemente á la historia del solar vascongado, y, por lo tanto, á la general de España. En lo antiguo se congregaban junto á él las juntas de la población rural, para atender á la defensa de sus intereses, y más tarde fué el símbolo del Código foral. A su lado eran reconocidos los reyes de España como señores de Vizcaya, después de ser recibidos por los vizcaínos en el alto de Mechabalaga y de jurar y confirmar las libertades, privilegios, franquicias, fueros, usos y costumbres del país. Análogo juramento prestaban á las puertas de Bilbao, y así lo hicieron diferentes monarcas, entre ellos D. Fernando el Católico.

La unidad legislativa ha convertido hoy en imaginarios muchos de los antiguos fueros vascongados; los humildes bancos que sirvieron en lo antiguo para las juntas, han sido reemplazados con un edificio elegante para la celebración de las mismas; el roble primitivo no existe, ya, habiéndole sustituido retoños del mismo; pero hoy, como antes, el árbol simbólico de las libertades es objeto de verdadero culto de parte de los vascongados, y el himno *Guernicaco arbola* viene siendo lo que fué el de Riego en España, el de Garibaldi para los italianos, la Marsellesa para los franceses.

Tristísimos y recientes sucesos ocurridos en las Provincias Vascongadas prestan actualidad al árbol legendario, y nos mueven á ofrecer una vista del mismo á los lectores de LA GRAN VÍA.

Tirso de Molina, en una de sus más preciadas obras, dice del árbol célebre:

El árbol de Guernica ha conservado
La antigüedad que ilustra á sus señores,
Sin que tiranos le hayan deshojado,
Ni haga sombra á confesos ni traidores.

En su tronco, no en silla real sentado,
Nobles, puesto que pobres electores,
Tan sólo un señor juran, cuyas leyes
Libres conservan de tiranos reyes.

El Himno de Iparraguirre, tan célebre como el árbol á que se halla consagrado, dice así, traducido al castellano por el ilustre Antonio de Trueba:

I.

El árbol de Guernica
Es símbolo bendito
Que ama todo euskalduna
Con entrañable amor:
Árbol santo, propaga
Tu fruto por el mundo
Mientras te tributamos
Ferviente adoración.

IV.

Para que nunca caiga
Ese sagrado símbolo,
Doblemos la rodilla
E invoquemos á Dios:
Que el árbol sacrosanto
Vivirá eternamente
Si á Dios se lo pedimos
De todo corazón.

II.

Según la historia dice,
El árbol de Guernica
Hace más de mil años
Por Dios plantado fué:
Árbol santo, no caigas,
Que sin tu dulce sombra,
Completa, irremisible,
Nuestra perdición es.

V.

Como todos sabemos,
En la tierra euskalduna,
Derribar se ha intentado
Nuestro árbol secular:
Aunemos nuestras fuerzas
Para prestarle apoyo,
Y en pie seguirá el símbolo
De nuestra libertad.

III.

No caerás roble amado,
Si cumples sus deberes
Vizcaya reunida
En junta general:
Porque las cuatro hermanas
Te prestarán su apoyo,
Para que el euskalduna
Viva libre y en paz.

VI.

Roble antiguo y sin mancha,
Permanece lozano
Y en primavera eterna,
Como en tiempo mejor:
Ten piedad de nosotros,
Y préstanos tu sombra,
Porque todos te amamos
De todo corazón.

VII.

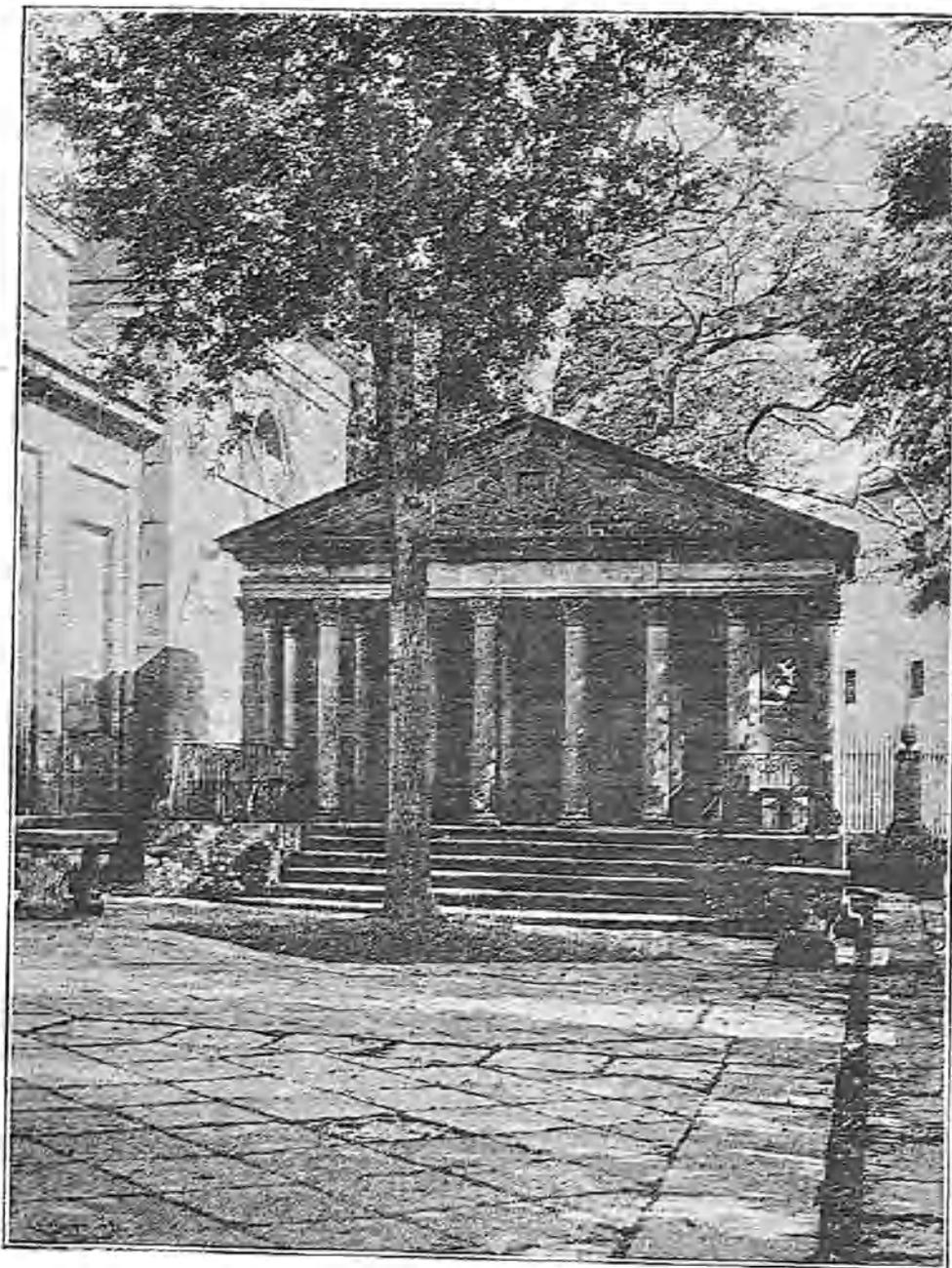
El árbol nos responde:
 «Vivid apercebidos,
 Y que yo nunca caiga
 A Dios siempre pedid.»
 No deseamos guerra,
 Que en paz, con nuestras leyes
 Sabias, libres y amadas,
 Deseamos vivir.

En cuanto á la influencia del himno sobre el pueblo euskaro, si no bastasen á probarla los recientes sucesos de San Sebastián y de Bilbao, la probarían las siguientes frases de un orador vascongado al discutirse los fueros en la alta Cámara en 1864:

VIII.

Pidamos á Dios todos
 Que con la paz fecunde
 La tierra que sustenta
 El árbol secular.
 Y su bendición santa
 Derrame generoso
 Sobre el pueblo euskalduna,
 Que apoyo á este árbol da.

«Señores: yo he concurrido á oír uno de esos conciertos al aire libre en aquellas montañas (las Vascongadas). Estaba anunciado que Iparraguirre cantaría la canción titulada *El árbol de Guernica*, que es el símbolo de la libertad foral. Concurrieron de todas las villas, pueblos y caseríos convecinos sobre 6.000 personas. Empezó Iparraguirre el canto..... Señores: al oír las últimas palabras de él, aquellos hombres que habían llevado la boina de las batallas durante los seis años de la guerra, que tenían un corazón valiente y les chispeaba la sangre, levantaban sus brazos en ademán activo jurando morir por los fueros.» (*Movimiento, gran sensación.*)



GUERNICACO, ARBOLA,



CUENTOS DE LA ALDEA

EL CASTIGO DEL PECADO

Es cosa certísima que el pecado trae siempre aparejada consigo la justa penitencia. En prueba de esta verdad, voy á contarte, lector piisimo, lo que le sucedió á Roberto, el hijo del boticario de Villaminúscula.

Era una tarde de Agosto. El cielo, oscurecido por espesos nubarrones plumizos, amontonados en inmensos cúmulos, bien á las claras anunciaba que pronto las cataratas celestiales se abrirían, enviando á la seca tierra el agua que había de refrescar la atmósfera. La cual atmósfera, ardiente y polvorienta, producía en la cara de los pocos transeuntes que á la hora de la siesta cruzaban las calles, una impresión semejante á la que produciría el hálito febril de algún gigantesco animal. De vez en cuando soplaban del Mediodía el viento huracanado, sucio con el polvo de los caminos y la paja y el tamo de las eras, y á aquel viento seguía una calma abrasadora y aplastante, digna de los desiertos africanos. La tempestad iba á estallar de un momento á otro, y á juzgar por los heraldos que la anunciaban, sería terrible, imponente, majestuosa.

Todos los habitantes de la villa dormían perezosamente la siesta. Sólo Roberto velaba ojo alerta, como cazador emboscado en espera de la perdiz; asomado á la alta ventana del piso segundo, medio oculto por una sutil cortina de maltratado lienzo, soportaba aquel joven cuarenta grados de calor, con la vista fija allá en el límite del horizonte, donde al pie de un altísimo cerro y á la sombra de cuatro árboles típicos, brotaba con hilo silencioso la fuente que surtía de agua á los vecinos de

Villaminúscula. Y Roberto miraba hacia aquel lugar porque allí iba todos los días por agua una joven guapísima, á la cual el pícaro mozo había hecho tomar por la mañana no sé qué polvos, que él creía filtro amoroso de muy seguros resultados.

Dió la una en el reloj de cuco de la rebotica.

—¿La una? Sí; esta es la hora precisa: á la una va todos los días..... Pero ¡qué pillo soy!..... Si mi padre supiera que he cogido aquello..... Vaya, en marcha.

Dijo para sus adentros, y calladamente echó á andar escalera abajo. Atravesó la botica, traspuso los umbrales, y pasando dos calles solitarias, se halló en el campo. No sabía por dónde ir, y estuvo dos minutos perplejo y meditando; pero, al fin, se decidió por la línea recta, encaminándose á un palomar que estaba á dos dedos de la solitaria fuentequilla. Cruzando barbechos y rastros, que le arañaban lastimosamente los zapatos, llegó Roberto al palomar sudando, empolvado y rendido; no eran aquellos trabajos para él, no; acostumbrado á la vida tranquila y holgazana del señorito de aldea, aquel calor le derrería, aquella fatiga le aniquilaba, y ya sentía el infeliz una especie de escarabajeo un poco más adentro del estómago.

—Si me habrán hecho daño los polvos..... pero ¡quía! otras veces los he tomado, y no he sentido más que un calor bárbaro, capaz de *dieritir* á una piedra.....

De pronto, las preñadas nubes comenzaron á asaltar la tierra con gruesas gotas de agua, que golpeaban el suelo con furia de chubasco; se levantó de la tierra el

grato olor de la arcilla humedecida, y un así como aliento fresquísimo, que confortaba al desfallecido mancebo. Vibró el relámpago, retumbó el bramido del trueno, cien veces multiplicado en las concavidades de las nubes, y éstas comenzaron á verter una lluvia torrencial, que pronto corría por el camino en forma de sucio arroyuelo amarillento y espumoso; oscurecióse la atmósfera, tomando tintes crepusculares, y las palomas que rondaban las parvas en espera de lo que pudiese caer, huían atemorizadas, cobijándose en el ardoroso palomar.

Roberto se colocó lo mejor que pudo, pegado á la rústica entrada del palomar; pero pronto creció tanto el furor de la lluvia, que el banzo que servía de umbral á la puerta se sumergió, y el agua llegó á mojar los pies del enamorado mancebo. Los truenos retumbaban temerosamente, el relámpago cruzaba con fulgor infernal toda la extensión visible del firmamento ennegrecido, y.... ¿por qué no decirlo?... Roberto tenía miedo de que un rayo le rompiera la crisma. Ya no pensaba en la mozucla que á tales andares le había traído, ni en los impíos polvos que él creía haberla hecho tomar y que él mismo había tomado disueltos en jarabe para despertar en el cuerpo no sé qué diabólicos ardores. Sí; para ardores estaba el muchacho, con el agua por las canillas y un temblor de cuartana que le hacía dar diente con diente. Y luego, para mayor ignominia, aquel escarabajo de que antes hablé, aumentando de una manera alarmante, ponía á Roberto en terrible apuro, por no disponer allí del palmo de terreno de que siempre dispone para todos sus negocios el más pobre de los mortales. ¿Qué hacer en tan impensada situación? El chico del boticario no pudo resistir más tiempo: con el agua hasta las rodillas, dió la vuelta al palomar, y metiéndose en una desigualdad de la pared, entre mortiferas ansias y retortijones de cólera morbo, pagó la pena de sus desordenados apetitos, al mismo tiempo que sufría sobre su cuerpo desmadejado y partido el fragor del trueno que le hacía temblar, y el brillo del relámpago que le deslumbraba, y una descarga furiosa de granizo que lo acribillaba con impetu de perdigón loberó.

En esto despertaron los mozos que seesteaban en las eras, y con actividad de colmena alborotada comenzaron á recoger las mieses en grandes parvas, á fin de evitar las pérdidas de grano. Por allí, por las eras, andaba también la gallarda moza, causadora de las melandanzas de Roberto, la cual, con los ojos línces de los diez y ocho años, alcanzó á ver la triste figura del chico, y sonriendo maliciosamente, y sintiendo en el corazoncito vilanesco insana alegría, ideó la más terrible venganza

que pudiera imaginar el enemigo. Y fué que, avisando de lo que pasaba á unos mozos de la era, determinaron entre todos coger al *Turco*, mastin grande como un boricó, y echársele al derrengado amante, sólo con el fin de darle un susto descomunal y soberbio.

—¡Anda con él, *Turco!*.... ¡anda con él!....—gritaban aquellos mozállones, ennegrecidos por el sol, que no parece sino que eran ciclopes del infierno hablando con el cancerbero.

Y disparado como un rayo, el *Turco* se lanzó hacia el palomar, ladrando con lamentos espantables y dispuesto, á juzgar por las apariencias, á devorar impiamente al ouitado futuro farmacéutico. El cual, cuando vió venir hacia sí aquella fiera, sintió circular por sus venas miedo de muerte; y haciendo de sus pobres tripas corazón, echó á correr medio desnudo por aquellos campos, hundiéndose en mil charcos, donde creía ahogarse, y esperando á cada momento que los mordiscos del terrible animal le desgarrasen las carnes, ó que de las negras nubes cayese un rayo y le partiera por medio.

Los de las eras, satisfechos ya con aquella tremenda corrida, consiguieron, á fuerza de voces, detener al *Turco* antes de que llegara á hincar el diente en carne de cristiano. Pero aquellas voces avisaron de lo que ocurría á todos los que en las eras se encontraban, los cuales regalaron los oídos de Roberto con una de silbidos que dominaba al fragor de la tormenta, y las mujeres, que no silbaban, desgañitábanse lanzando contra el perseguido joven tremenda tempestad de vituperios.

Roberto llegó á su casa jadeante, trastornado, corrido, manchado de barro hasta la cabeza, y enseñando prendas interiores que en países civilizados no es uso llevar al descubierto. El despabilado padre averiguó al momento lo que había ocurrido; y blandiendo una espátula (única arma ofensiva que halló á mano), se dirigió á aquel infeliz mozo, y con acento trágico le dijo estas ó parecidas razones:

—¡Deshonesto! ¿Qué hubiera sido de ti y de esa hija de familia si, en vez de japa, hubiérais tomado lo que buscabas?... ¡Indecente! Has sido castigado por Dios.... ¡Canalla! Me estás deshonrando á los ojos de mis ahijados.... ¡Voto á dos onzas de ruibarbo! Si no fuera porque eres mi hijo, te metía la espátula por... por.... ¡No sé lo que digo!... ¡Quitate de mi presencia!.... ¡Hum! ¡Ven acá!.... Toma dos gramos de subnitato de bismuto, un idem de antiespasmódico, por veinte de agua, y métete en la cama, abrigándote el bajo vientre, á ver si viene la *reapetón*.

ÁLVARO L. NUÑEZ.



LA VIUDA DE ZARANDILLO

(DIÁLOGO DE ACTUALIDAD)

—¿Cómo no sale usted fuera,
Mi querida Trinidad?

—Le voy á ser á usted franca:
Por miedo á descarrilar.

Meterse en un tren, yo créo,
Que es una temeridad.



—¿Que si es? Á mí deme usted
Una muerte natural.

—¿Yo?

—Es un decir. Porque todo
Lo que no sea exhalar
El ¡ay! postrero en el catre,
Me huele á barbaridad.

Deme usted una escarlatina,
Un catarro pulmonar,
Una apoplegía, en fin,
Todo lo que quiera; mas
No me dé usted una caída,
Ni un choque descomunal,
Ni una puñalada por
Equivocación.

—¿Yo? ¡Quiá!

—Quiero decir que la muerte,
Debe ser al natural,

Pues si no, resulta un timo
De última hora.

—¡Ya, ya!

—¡Dígamelo usted á miquis,
Que si hoy tengo viudedad,
Es porque mi Zarandillo,
Sin poderlo remediar,
Murió en el tren!

—Yo creía
Que había muerto D. Blas
En los brazos de usted; pero
No de muerte artificial.

—Sí, señora; y por su culpa
Se largó á la eternidad.
¡Á quién, á quién se le ocurre,
Para ir á San Sebastián

Montar en el tren? Á nadie.
Al que pudre nada más.

—Crea usted, amiga mía,
Que hay quien se empeña en chocar
Y al fin choca. Y como todos
Le tenían á D. Blas
Por un hombre muy chocante,
Á nadie le chocará....

Que chocase.

—Lo que á mí
Más me chocó, la verdad,
Fué que muriese de pronto;
Porque usted, amiga Paz,
Sabe lo pesado que era
Para sus cosas.

—Sí, tal.
Pero cuando uno fallece,
Dicen que suele mudar
De temperamento.

—De
Temperatura querrá
Decir usted. ¿Y usted sabe
Cómo fué? Pues bien, me dan
Repeluznos al contarlo;

Pero lo voy á contar:
 Venía Blas en un tren
 Expres de San Sebastián,
 En donde el pobre tenía
 Dos tierras de pan-llevar,
 Y un río que se llevaba
 De aquellas tierras el pan;
 Y al salir el tren de un túnel,
 Se oyó un estruendoso ¡plaf!
 Seguido de un ¡cataplúm!
 Y de un ¡chispón! ¡ris! ¡puf! ¡chas!.....



Algo, en fin, de lo que debe
 De ser el juicio final.
 ¿No se enteró usted de aquello?
 —Yo, no.

—Pues de pé á pá
 Lo contaron los papeles.
 —¿Y tendría usted quizás
 El gusto de ver en letras
 De molde al pobre?

—Sí, tal.

Mi adorado Zarandillo
 Venía en *Slepen carr*;
 Porque aunque pagaba asiento
 De tercera, Sebastián
 Gómez, mi hermano de leche
 Por parte de mi papá,
 Le mejoraba de clase,
 Porque era de esos que van
 Y estropean los billetes
 De los viajeros allá
 Donde quiera que les entra
 La gana de revisar.

Quedó el tren hecho pedazos,
 Hubo cien muertos ó más,
 Y en fin, que aquello fué una
Desollación general.

Mi esposo logró, por suerte,
 No morir hecho *tajás*,
 Sino todo en un pedazo.
 Eso sí, quedó muy mal.

Porque al chocar los dos trenes
 Se le cayó un capellán
 Castrense sobre la tripa.
 Otros dicen que al saltar

Á la vía, se hizo añicos
 El vagón, de un modo tal,
 Que Blas chocó en su caída
 Con el cofre de un Bajá,

Y allí su cabeza dura
 Quedó más blanda que un flan.
 ¡Figúrese usted qué asco!

—De manera que D. Blas.....

¿Contra qué chocó, en resumen?

—Pues contra su voluntad.
 Le digo á usted, amiga mía,
 Que no puedo sufrir más.



¡Gracias á que el mes que viene
 Voy á volverme á casar!
 Pero si el cónyuge nuevo
 Muere en un tren como Blas,
 ¡Le juro á usted por mi nombre
 Que me las ha de pagar!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LO DEL DÍA



—Baronesa, vengo a despedirme de usted.....

—¿Cómo es eso, mi General?.....

—El Ministro de la Guerra me ha dejado de cuartel..... y voy á Madrid á armar un escándalo. ¡Ese López!..... ¡Á mí!... ¡á un general como yo!... ¿No le indigna á V. lo que se hace conmigo!.....

—Lo que siento, mi querido general, es que me falte un punto como V. en nuestra partida de tresillo. En lo que va de año le he ganado á V. la mitad de su sueldo, lo menos.

—Y yo no he podido ganar la voluntad de usted, mi implacable Baronesa. Volveré y seguiremos jugando.....

—Al tresillo.

—¡Ese López!..... ¡Mire usted que ser ministro López y quedarme yo de cuartel!.....



—¡Cesantes los tres!.....

—¡El Angulo se luce!..... ¡Dejar cesantes á un barrendero, á un guarda, á un capataz, llenos de servicios, de hijos, y de compromisos en la tienda de comestibles!.....

—Este es el fin del mundo, compañeros.

—Esto tiene que acabar muy mal.

—Lo que es el Sagasta nos ha salido un liberal que no nos lo merecemos.

—¿Y el Angulo?

—¡Hombre! el *Bos*, á lo menos, dejaba vivir á la gente.

—Mira, no tiene nada de particular que dejen cesantes á los jueces... porque, al fin y al cabo, los jueces ¿para qué sirven si se va

á ver?.... Para meter en la cárcel á cuatro pobres; pero dejarnos en la calle á nosotros!.....

—¿Y qué hacemos ahora?.....

—¿Qué hemos de hacer?..... tomar el fresco.

—¡Tan contenta como estaba mamá, porque decías que en tu carrera fiscal no había vicisitudes, que era una posición segura la tuya, y al año de casarnos ya estás cesante!.....

—¿Qué quieres, hija? Hay que hacer economías. Parece que salvamos al país los que nos quedamos cesantes.

—¡Pero qué hacemos ahora? Esto es lo que yo quiero saber.

—Pues, hija, esperar que haya vacantes.

—¿Y si nos morimos antes?.....

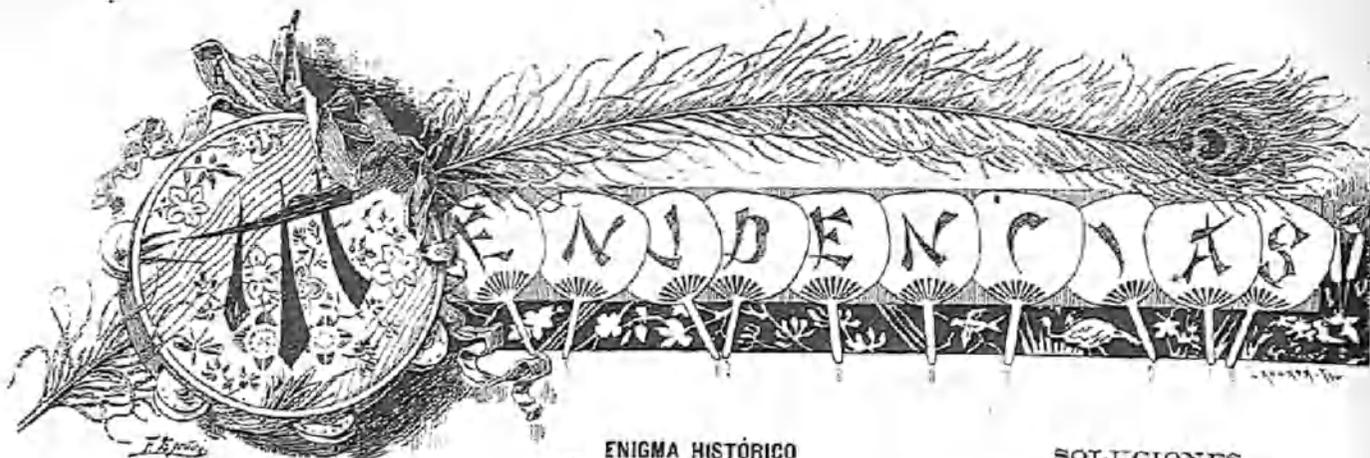
—Entonces dejaremos dos vacantes en el mundo.

—¡Jesús! ¡Buena se va á poner mamá cuando sepa esta novedad! Y no tendremos otro recurso que irnos á casa de mamá, mientras no se aclare la situación. Allí tendremos qué comer.

—¡Cesante y á vivir con mi suegra!..... ¡Si cogiera ahora á Capdepon, creo que me perdía!.....

—¡Esto es horroroso!..... ¡Pagar contribución un artista dramático! Es humillante para los que vivimos en las regiones del arte escénico. Es preciso que protestemos contra semejante atentado. Es verdad que yo no tengo contrata ahora, pero en Noviembre iré á hacer el *Tenorio* en los principales teatros de la provincia de Albacete, y tendré que largar á Gamazo una parte de las siete pesetas de cada representación. ¡Á qué estado de miseria habrá llegado la Hacienda española que hasta necesita quitar un pico á los que brillamos en la escena?..... Si no fuéramos borregos todos los españoles, ya sé yo cómo recibiríamos al recaudador de contribuciones.





ENIGMA HISTÓRICO

Un rey, cautivo en su propio reino, da en su prisión lecciones de geografía a su hijo diciéndole en qué siglo y bajo qué reinado se han ido agregando a la nación las provincias que la forman.

CHARADITAS

Es *segunda bebida*: quien no la quiera Tome, si lo prefiere, *cuarto primera*; Mucho *segunda cuarta*, que no confunda. Las bebidas en cuanto *primera segunda*.

El *todo*, si en saberlo tenéis empeño, Es, siendo lo más grande, lo más pequeño.

Para comprar *mi prima*
De un *todo* en prenda,
Algo deteriorado
Por el *dos tercios*.

Mi *segunda con tercera*
Me hizo *primera segunda*;
Primera tertia, jugando
En *todo*, que Dios confunda.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

de

GASPAR ABATI

10, CAPELLANES, 10

Víase el anuncio en la tercera plana de la cubierta.

JEROGLÍFICO

OBDCA TU TU

CUADRADO

• • • •
• • • •
• • • •
• • • •

Población.—Infinitivo.—Parte del cuerpo.—Juguete.

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL N.º 10.

AL ENIGMA HISTÓRICO: Eurípides y Arquelaos, rey de Macedonia.

AL ROMBO:

C
P A R T E R A
P A R T E R A
R I E R A
R I E R A

A LAS CHARADITAS:

I.—A-PA-RADOR
II.—MAR-BE-LLA,
III.—CA-RA-VANA.

AL CUADRADO DE PUNTOS:

L U G O
U V A S
G A N A
O S A S

AL TRIÁNGULO:

Z A R A G O Z A
A S A D U R A
R A M O N A
A D O R O
G U N O
U R A
Z A
A

AL PROBLEMA ARITMÉTICO:

17	6	10	5	38
8	3	15	12	38
11	16	4	7	38
2	13	9	14	38
38	38	38	38	

AL ACERTIJO GEOMÉTRICO: Al mirar las líneas *a* y *b*, parece que la primera es mucho más larga que la segunda. Ilusión óptica. Son exactamente iguales, como puede comprobarse midiéndo las.

Han remitido soluciones los lectores siguientes:

Jorge Revilla, de Madrid; Gaspar García Marchamalo, de id.; Dorotea Apellaniz, de idem; Juan Iniesta y L. de Cegama, de id.; El Acertador, de id.; José Valls, de Valencia; Bartolomé Álvarez Puerto, de Jerez de la Frontera; Lucas Dupuy, de Quintanar de la Orden; José María Grajales, de Toledo; Sebastián Infante, de la Granja.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneira».

Desde el 1.º de Septiembre ha cesado, con mucho sentimiento de la empresa, en el cargo de Administrador de LA GRAN VÍA, nuestro distinguido amigo el Sr. D. Segundo Piñal, que deja en esta casa el mejor recuerdo, y á cuya laboriosidad y probidad hacemos justicia en estas líneas que le consagramos como afectuosa despedida.

En lo sucesivo toda la correspondencia deberá dirigirse al Administrador de LA GRAN VÍA, Capellanes, 10.

SIMBOLISMO

Una mujer anciana cubierta con paños negros: en la mano derecha sostiene una copa y se apoya con la otra sobre un palo, á la vez que dirige una mirada triste á una losa abierta, en cuyo borde hay un reloj de arena con muy escasos granos. Cerca de ella se ve á una muchacha con guirnalda de flores y una copa de oro en la mano, que se ríe viendo á un niño entretenido con unos juguetes: á la derecha vese á un hombre sentado sobre un león: en una mano sostiene un libro y una bolsa, y en la otra una espada y una corona de laurel.

POLIGRAFÍA

Y E S O
G O M A
N O Y A
M I N A

Formar los apellidos de un político ilustre.

TRIÁNGULO

• • • •
• • • •
• • • •
• • • •

Léase horizontal y verticalmente:

Adjetivo.—Punto de España.—Embarcación.—Río de Galicia.—Vocal.

DERECHOS RESERVADOS.